

## La abeja haragana

En una colmena vivía una abeja que no quería trabajar. Recorría los árboles para tomar el jugo de las flores, pero en lugar de convertirlo en miel, se lo tomaba todo. Diario se asomaba de la colmena y en días buenos echaba a volar zumbando de flor en flor, mientras las otras abejas se mataban trabajando.

A las demás abejas les molestaba la actitud de su hermana. En la entrada de la colmena, las abejas de guardia solían ser viejas y con gran experiencia de la vida por lo que un día detuvieron a la abeja haragana y le dijeron —Es necesario que trabajes como todas aquí.

La abejita contestó —¡Yo ando todo el día volando, y me canso mucho!

—No es cuestión de que te canses mucho, sino de que trabajes.

Al otro día, las abejas que estaban de guardia le dijeron: — Debes trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida —¡Uno de estos días lo voy a hacer! —Pero no hizo caso.

Un día, al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío. La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡Yo quiero entrar! —exclamó la abejita. —Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de abejas trabajadoras —le contestaron las otras—. No hay entrada para las haraganas. —Así que no la dejaron entrar.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato. Quiso cogerse de una hoja pero cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, cuando caían las frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —exclamó la desamparada—. ¡Va a llover, y me voy a morir de frío!

—¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño y frío! ¡Por piedad!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron —No, no morirás. Aprenderás lo que es el descanso ganado con el trabajo.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, hasta que rodó por el agujero, cayó rodando al fondo de una caverna donde se halló ante una víbora que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella. En realidad, aquella caverna era el hueco de un árbol que la culebra había elegido de guarida.

—¡Adiós, mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz. — Exclamó la abeja.

Pero con gran sorpresa suya la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto —murmuró la abeja.

—Siendo así —agregó la culebra — voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te comeré.

La abeja, temblando, exclamó entonces —¡No es justo, eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo.

—¡Bueno! con justicia o sin ella, te voy a comer. —Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja, pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo, menos inteligente que tú? —se rio la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien, —dijo la culebra, — vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas y si gano, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú, —repuso su enemiga— tienes el derecho de pasar la noche aquí.

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo y salió tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de al lado de la colmena.

—Los hombres hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto — dijo la culebra —eso es lo que haré, ¡pon atención!

Y enrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco, mientras se reía porque sabía que la abeja jamás podría hacer bailar a un trompito. Cuando el trompito al fin quedó quieto, la abeja dijo:

—Esta prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que no hace nadie.

—¿Qué es eso?

— Desaparecer.

— ¿Cómo? —exclamó la culebra dando un salto de sorpresa. —

¿Desaparecer sin salir de aquí? ¿Y sin esconderte en la tierra?

— Sin esconderme en la tierra.

—¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida —dijo la culebra.

Mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí con hojas del tamaño de una moneda. La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando yo diga "tres", búsqüeme por todas partes iya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: "uno.... dos tres", y se volvió y abrió la boca cuán grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Buscó por todos lados a la abeja, pero no la encontró. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba? No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó al fin—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

La voz de la abejita —salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí, —respondió la culebra— Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

La plantita en cuestión era sensitiva, tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Al contacto de la abeja, las hojas se cerraron, ocultándola completamente.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de ese fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra se quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla. Las dos pasaron la noche en la caverna porque la tormenta se

había desencadenado y el agua entraba como un río. Hacía mucho frío y adentro reinaba la oscuridad. Nunca, jamás, creyó la abejita, que una noche podría ser tan fría, tan larga y tan horrible.



## **FINAL:**

Cuando llegó el día, y salió el sol, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar porque comprendieron que la que volvía era una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

En adelante ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Cuando el Otoño llegó, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir, a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas.

**Fuente:** Quiroga, H. (1996). La abeja haragana. Libros del Rincón. México: SEP. Recuperado de [http://colegios.pereiraeduca.gov.co/instituciones/galeriadigital/Espanol/\\_Literatura/Doc\\_web/Libreria%20infantil1/sites/rincon/trabajos\\_ilce/abeja/sec\\_2.html](http://colegios.pereiraeduca.gov.co/instituciones/galeriadigital/Espanol/_Literatura/Doc_web/Libreria%20infantil1/sites/rincon/trabajos_ilce/abeja/sec_2.html). Adaptación de Medición Independiente de Aprendizajes. (2019).

